disponen a recobrar valerosamente los derechos perdidos. Perdidos tal vez para siempre.

El sol de vuestros campos que allá os acariciaba sonriente, con celestial sonrisa, aquí os quema sin piedad; el agua del bullidor manantial que allá vigorizara vuestros cuerpos, os enferma aquí. La apacible dulcedumbre del hogar, blanda como el césped joven, que era el encanto vuestro, trócase aquí en áspera voz que ordena, en irritado gesto que intimida. Y así todo... Y así todo lo que era bueno... Cuanto vosotros quisistéis... Todo eso se extingue cuando dais el primer paso hacia dentro del sucio portalón del cuartel, -lóbrego portalón que debe de pareceros, cuando su imagen hiere por primera vez vuestras retinas asombradas, el frontispicio de una tumba inmensa, colosal. ¡Qué en verdad es cuartel la tumba de todo lo que en vosotros era virtud y lozanía de espíritu!

¡Cómo os parecerá nostálgico el canto periódico del clarín que toca diana, a vosotros los que sorprendisteis al orgulloso gallo de vuestros lares apretarse para saludar el florecer augusto de la aurora, soberanamente! ¿Recordais? ¿Recordais que el gallo os llamaba todos los días a animar la quietud de la labranza en reposo con la fiesta fecundamente hermosa de los esforzados afanes vuestros? ¡Ah!, sí: sí sabéis que el agudo sonido del dorado metal no es el mismo que alegraba entonces vuestros oídos. El clarín no es amigo vuestro, no es vuestro hermano; su voz ha perdido encanto y dulzura en la fatídica hermandad del rifle, de la deslumbrante bayoneta, de la filosa espada, de la vara traidora del cabo, del rugidor cañón. El no sabe que las que el inquieto gallo: canciones de paz, salmos de salud y alegría. Sus endurecidos labios sólo pronuncian malditas voces de guerra, de sangre, de muerte, de horror... y de irremediable obediencia. De obediencia ciega.

Con algo que mucho se parece al clarín se llama y enfila, se endilga al ganado. Y el rebaño, acallando sus enojos, marcha sumisamente hacia donde lo quieren las vibraciones que atraviesan el aire. He ahí el destino fatal de todos los rebaños: oír la orden, y adelante, más adelante, hasta dejar